

¡CÓMO SE ESCRIBE!



Tenemos los bascongados el privilegio, que yo lo traduzco por desgracia, de que todo lo que haga relación á nuestras costumbres, tradiciones, etc., merezca los honores de la reproducción, siquiera ésta copia no pase de las columnas del periódico. La lástima no consiste precisamente en que nos copien: está en que á veces resultamos tan malparados ó desfigurados de la reproducción, que seguro estoy no nos conocería el padre que nos engendró.

Recientemente hizo un escritor catalán un viaje por estas provincias, Quedóse el hombre admirado de la proverbial honradez de los bascongados, de su hospitalidad y generosos sentimientos; la campiña le parecía deliciosa, admirable; los edificios sólo comparables con los de su tierra. Hasta aquí nada encontramos que no debamos aplaudirle. Pero acertó á pasar el mes de Agosto, el día de Nuestra Señora de la Asunción, por los pueblos de Ormaiztegui y Zumarraga y ¿qué creerán ustedes que vió en esta última villa? Vió á unos jóvenes bailando el *ez-pata dantza* en *calzoncillos*.

¡Cómo estaría el colega para ver en los pantalones de lienzo, confeccionados con el lino de nuestros caseríos, la prenda de que habla! Pero en estos casos, lo que importa es escribir algo nuevo, algo que llame la atención del público ilustrado: que sea verdad ó mentira no hace al caso. Como aquel otro corresponsal que llamo á San Sebastián la ciudad de los ruidos porque un vecino suyo de habitación le molestó con sus destempladas voces y movimientos. ¿Si sería él algun devoto anacoreta de la Tebaida? Algo pudiera decirse.

No le va en zaga al anterior otro no menos ilustre periodista, poeta por más señas, que al hablar de Iparraguirre y de su inmortal himno decía, con toda esa solemnidad con que acostumbran á hacerlo, que el bardo euskaro había nacido en Guernica, *donde se meció su cuna y*

cuyas bóvedas (las del histórico roble) *reflejarían el eco de sus sentidas rimas*. No hay para qué decir que ésta vez hablaba en prosa, circunstancia que en el caso de hablar en verso pudo ser una *atenuante*, pero que en el presente constituye una *agravante*, porque, á hablar en lenguaje rimado, pudiera perdonársele por aquello de «¡oh fuerza del consonante!...», pero en vil prosa no tiene perdón de Dios y es bastante á que los de Urrechua le echemos el alto y protestemos con todas las veras de nuestra alma, que por algo le hemos puesto sobre un pedestal al autor del *Gernikako*.

Pero todavía hay más. Otro tercero, al estudiar las costumbres bascongadas, encontraba en ellas algunas reminiscencias de las de los bárbaros. *Risum teneatis amici. Credite... mas... , nó; no lo creais*. Decía, pues, ese tercero, que entre la gente del campo se conservaba aún la costumbre de anunciar, cuando ocurría algún suceso desgraciado, valiéndose de un grito especial, que oído por los vecinos, acudían presto á su socorro. Supongo que hablaría del *irrintzi*, porque no conozco otro grito entre los bascongados que merezca el calificativo de especial. Convengo desde luego, con él, en llamar á ese grito especial, si se quiere, característico y original: ahora en lo que no convengo es en su significación. Y aquí encaja como anillo al dedo aquel adagio que dice, que media vuelta á la derecha es lo mismo que media vuela á la izquierda, con sólo la diferencia de que es todo lo contrario. Aplicando esto al caso citado, se explica suficientemente lo acertado que estuvo el aludido escritor al explicar el sentido ó significación del grito ó *irrintzi* como nosotros decimos.

No he citado más que dos ó tres casos, pero téngase en cuenta que pudiera citar otros mil, en cifras redondas. Mas por lo que hace al presente, me basta con lo dicho para afirmarme y ratificarme en lo que he escrito en varios artículos de «El Correo de Guipúzcoa» al recomendar á algunos de nuestros escritores que continúen en la tarea de describir las verdaderas costumbres euskaras.

Ahora, como formando contraste con aquellos que acabo de indicar y para que todo no sea recriminar á quienes nos han entretenido con sus ingeniosas noticias, voy á hablar de otro escritor, poeta también y del cual ya en otra ocasión he hecho mención honorífica. Es el señor Roure. Sentía éste escritor (y supongo seguirá sintiendo después) tal pasión por estudiar las costumbres bascongadas, que en cierta ocasión e ví en la fèria de éste pueblo (Urrechua), vestido á la usanza del país

con abarcas, pañuelo rojo al cuello, boina y en mangas de camisa. ¡Lástima que el bien cuidado bigote y lo delicado y poco curtido del cutis hicieran que el disfraz no resultase tan perfecto como fuera de desear! Llevaba siempre en su compañía dos ó tres aldeanos (caseros) que le improvisaban versos, á zortziko por trago y él los obsequiaba con frecuentes libaciones á cambio de oírlos versificar.

Entusiasmado al ver la facilidad que tienen nuestros aldeanos para cantar y rimar á la vez, recuerdo que me decía—¡Y todavía dirán que en estas provincias no hay poetas!—El hombre no se cansaba de escucharlos y trago vá, trago viene, pasaba tardes enteras admirando su manera de improvisar versos. Y cuenta que aquellos no habían pasado de la categoría de *catecúmenos*, que si llega á oír á los *maestros* tengo la firme persuasión de que su admiración hubiera llegado al colmo.

Pues bien; y aquí vuelvo á mi tema. Este escritor hizo estos viajes y si vale la expresión, se *metamorfoseó* como llevamos referido, no por mero capricho y por una extravagancia del génio, sino por estudiar más de cerca las costumbres del país basco que luego trataba de escribirlas y por ende publicarlas.

No he leído la obra que á propósito de esta excursión publicó después, pero fácil es presumir que estaría más acertado que otros muchos que aquella tarea emprendieron y que tampoco nos haría cargar con tanto despropósito.

IGNACIO BELÁUSTEGUI, *Pbro.*

Marzo de 1900.

